



Un desaprovechado cambio en los términos del intercambio

Enrique Szewach (*)

La crisis financiera del 2008 confirmó, finalmente, la hipótesis del “desacople”, en el sentido de que una crisis en el centro financiero mundial no se correlacionaba tan fuertemente con la evolución de las economías definidas como emergentes. Obviamente, la recesión norteamericana gatilló una caída global de la producción y del comercio internacional, pero los llamados países emergentes, aquéllos que más sufrían los problemas del Centro, en especial los derivados de crisis financieras, una vez superado el shock inicial del comercio internacional, no sólo se recuperaron rápidamente sino que se han constituido en la locomotora que encabeza el crecimiento mundial. No sólo eso, sino que, por primera

vez en la historia mundial, los países emergentes están en ambos “extremos” del mercado.

En efecto, el crecimiento de los llamados países periféricos siempre resultó complementario de la demanda de alguna potencia dominante. Ahora, en cambio, los países emergentes se presentan como complementarios entre sí. Unos proveyendo recursos naturales y alimentos para otros proveyendo productos industriales baratos u otro tipo de servicios.

Esta situación no sólo parece surgir de una circunstancia coyuntural, sino que ratifica un cambio estructural, originado hace un tiempo, pero confirmado en este período.

(*) Licenciado en Economía (UBA) y ha realizado diversos cursos de post grado en Argentina y el exterior. Asesor económico y consultor de entidades y empresas nacionales e internacionales. Columnista especializado de diversos medios audiovisuales y gráficos, argentinos y del exterior.

En efecto, ya desde comienzos del siglo XXI, aún antes de la crisis financiera y sus consecuencias recientes, en especial en la Europa Mediterránea, los países emergentes, particularmente China e India, presentan una tasa de crecimiento superior a la de los países considerados centrales. A su vez, ese mayor crecimiento, como se mencionara, presiona sobre la demanda de recursos naturales, energía, materias primas industriales y alimentos con distinto grado de elaboración, provistos, en general, por la región latinoamericana.

Este cambio estructural ha generado, o debería generar, una modificación fundamental en el paradigma de la estrategia de crecimiento de los países de nuestra región, dado que modifica drásticamente la evolución de los precios relativos a favor de los recursos naturales en sentido amplio y en contra de los bienes industriales de consumo masivo y de las maquinarias y equipos.

La región latinoamericana en general, y la Argentina en particular diseñaron su política económica de la segunda mitad del siglo XX bajo el paraguas teórico del deterioro sistemático de los llamados términos del intercambio. Es decir, la relación entre los precios de los productos de exportación y de los productos de importación.

Este concepto, desarrollado principalmente por Raúl Prebisch desde la CEPAL, sostenía que los precios de las materias primas y de los commodities que la región exportaba caían, indefectiblemente, frente a los precios de los bienes industriales que se importaban. En ese contexto, los países sudamericanos estaban condenados a pagar cada vez más caras sus importaciones con exportaciones naturalmente limitadas en las cantidades producidas y sujetas a volatilidades climáticas o sanitarias o de otra índole. Esto los llevaba a crisis permanentes de sus balances de pagos, aumentando la dependencia de los flujos de capitales o el endeudamiento externo, y limitando el crecimiento por falta de divisas. La recomendación de política surgía clara: sustituir importaciones de bienes industriales para reducir la dependencia externa. A su vez, los sistemas vigentes de explotación y producción de los recursos naturales o provenientes del agro, se probaban poco dinámicos en cantidades y con baja demanda de empleo. Dinámica inversa a la que, al menos conceptualmente, tenía la industria. Esto reforzaba la idea de cambiar la mezcla de producción hacia los bienes industriales y en contra de la producción de recursos naturales y materias primas.

La evidencia empírica parecía reforzar este argumento. En efecto, salvo picos que respondían a desastres naturales o a conflictos bélicos generales o localizados en zonas estratégicas, los precios de las materias primas caían relativamente a los precios de los productos industriales. En el caso particular de la Argentina, los términos del intercambio pegaron saltos importantes hacia finales de la década del '40, a la salida de la Segunda Guerra Mundial, y en los primeros y últimos años de la década del '70, con las crisis petroleras derivadas del conflicto de medio oriente en el '73 y de los primeros efectos de la Revolución Iraní en el '79. Estos saltos

favorables en los términos del intercambio duraban poco, eran fogonazos que se apagaban superados los conflictos y eran seguidos, luego, por extensos períodos de relativo estancamiento de los precios de los productos exportables. Cabe aclarar que, en una serie de muy largo plazo, más que una caída continua de los términos del intercambio, se observan fluctuaciones importantes en torno sí a una tendencia en promedio declinante, más en “escalones” que linealmente. Sin embargo, el período inmediatamente posterior al pico de la posguerra hasta principios de la década del '70, etapa durante la cual se profundizó la política de sustitución de importaciones comentada, sí se caracterizó por una reducción pronunciada de los términos del intercambio. Reducción que también se observó hacia finales de la década del '90.

Sin embargo, a partir de la irrupción de los países más populosos del Asia, en especial China e India, en la economía global, este esquema ha cambiado fuertemente.

En efecto, una oferta cuasi ilimitada de mano de obra de baja calificación, combinada con una tecnología cada vez más sofisticada, productiva y difundida, flujos de capitales y crédito sin mayores restricciones, y garantías implícitas o explícitas a los derechos de propiedad, han permitido “mudar” la producción industrial masiva desde los países centrales a los emergentes populosos. Esta abundancia de mano de obra, dispuesta a trabajar por un salario relativamente más bajo del que predominaba en el mundo hasta ese momento, pero más alto del que recibían en las improductivas zonas rurales que habitaban hasta entonces, le ha puesto un “techo” al salario industrial masivo que, sumado al cambio tecnológico mencionado y a la abundancia de capital global, han abaratado relativamente los bienes industriales de consumo masivo.

A estos elementos de por sí “revolucionarios” hay que sumarles, asimismo, la irrupción de producciones “virtuales”, derivadas de las nuevas tecnologías de la información, el desarrollo de software, el negocio del entretenimiento multimedial, etc.. Producciones que no requieren de enormes inversiones logísticas ni inmobiliarias. Que demandan bajo capital inicial, aunque sí mano de obra altamente capacitada y educada y, principalmente, la existencia de facilidades de conectividad de comunicaciones relativamente baratas y accesibles.

Este crecimiento masivo de la producción de bienes y servicios nuevos, por la explosión de su demanda, consecuencia del mencionado abaratamiento relativo y de la incorporación de esta población rural a las zonas y las costumbres urbanas, ha generado una absorción creciente de recursos naturales y materias primas. Materias primas que, por definición, y aún con los cambios tecnológicos y logísticos verificados en las últimas décadas, y que han sido clave en particular en nuestro país, gracias a la siembra directa y a la incorporación de semillas híbridas, fertilizantes de nueva generación, etc., tienen una limitación importante para expandir la oferta al mismo ritmo al que lo hace la demanda.



El resultado ha sido que, durante la primera década del siglo XXI, la tendencia de los términos del intercambio se revirtiera y cambiara fuertemente a favor de las materias primas y los recursos naturales. No ya como un destello transitorio, sino como una tendencia de largo plazo aparentemente consolidada, más allá de su intensidad y potencia. A partir de este fenómeno, la hipótesis central que, salvo excepciones, sostuvo toda la política económica latinoamericana en la segunda mitad del siglo XX se debilitó.

Los términos del intercambio jugaron a favor. La restricción externa se ha aliviado. Para sintetizarlo, hacen falta menos kilos de soja para comprar una computadora, o un televisor, que los que hacían falta diez años atrás. Asimismo, el cambio tecnológico mencionado y los nuevos encadenamientos productivos en la producción agropecuaria han introducido en el campo la dinámica de crecimiento de las cantidades producidas y del empleo directo e indirecto que antes se le adjudicaba exclusivamente a la industria “clásica”.

La cuestión básica, entonces, desde el punto de vista estratégico y de visión de largo plazo, surge de evaluar si este cambio de precios relativos es transitorio, como de hecho lo fueron, al menos en su magnitud, por las razones mencionadas, los de la década del ‘40 o la década del ‘70 o si, por el contrario, nos encontramos ante un cambio que, si bien no podría calificarse de “permanente”, al menos se pueda determinar como “prolongado”, “duradero”, en contraposición a los espasmos del siglo pasado.

Como se comprenderá, dilucidar o al menos formular una hipótesis sólida en torno a esta cuestión, define la estrategia de política a seguir en los próximos años y la magnitud de la tarea a emprender.

Conviene, entonces, presentar, aunque sea muy sintéticamente, los argumentos principales que respaldan un cambio de precios sostenidos a favor de las materias primas y los

alimentos y, por lo tanto, un cambio rotundo en el contexto para el diseño de la estrategia de crecimiento seguida hasta aquí.

CAMBIOS DEMOGRÁFICOS Y DE INGRESOS EN LA POBLACIÓN MUNDIAL

Un falso lugar común, que se repite sistemáticamente como argumento para sostener la idea de un proceso estructural de largo plazo, en los cambios de precios relativos a favor de los commodities en general y de los alimentos en particular es el que pregona que “ahora las poblaciones del mundo asiático emergente comen”. Obviamente, si no hubieran comido hasta ahora no podrían ser los miles de millones de habitantes que son. Lo importante, a los efectos de lo que aquí se comenta, es que una parte importante de la población mundial está saliendo de la indigencia y la pobreza e ingresando a una clase media que supera los consumos de subsistencia y se integra a los mercados globales de bienes y servicios, no sólo como proveedor de mano de obra industrial barata, o como mano de obra calificada para la industria de tecnología de la información y vinculadas, sino también como consumidor con ingresos y sofisticaciones crecientes.

Téngase en cuenta que, cuando se habla de sofisticación en el consumo de alimentos o de “clase media”, se compara con la situación casi de subsistencia y de consumo fuera del mercado que ha predominado durante siglos en populosas regiones del planeta.

Diversos estudios han tratado de verificar este aumento de los nuevos consumidores globales. Por ejemplo, uno de ellos¹ muestra que entre 1990 y el año 2005 salieron de la pobreza extrema más de 1.200 millones de personas, de los cuales casi 750 millones pertenecen a China e India. En promedio, esto significa el equivalente de 7.200 millones de dólares adicionales por día volcados al consumo, o 216.000

(1) Ver Martín Ravallion. “The developing World’s Bulging (but Vulnerable) middle class. World Bank, Policy Research Working Paper 4816 (2009).

millones de dólares por mes. Si de esa suma el 30% se destina a alimentos y bebidas, se habría sumado el equivalente a unos 800.000 millones de dólares por año, casi el doble del PBI argentino.

Ello explica la sostenida demanda de alimentos, en sus diversas formas.

CHINA E INDIA RESULTAN CLAVE

Si bien el mundo emergente comprende una amplia variedad de países del Asia, América Latina y África, el núcleo central que define la evolución descrita precedentemente de la economía mundial y de los precios relativos lo constituyen, sin duda, por tamaño, población e influencia geopolítica y regional, China e India.

Conviene, entonces, explorar con más detalle las proyecciones disponibles sobre la evolución de estos dos gigantes asiáticos, de manera de seguir evaluando la hipótesis de cambio permanente y estructural de la demanda y de los precios relativos a favor de nuestros principales productos de exportación.

Por supuesto, existen numerosos y variados estudios en torno al futuro de China e India.

Dada la compleja tarea de hacer proyecciones eficaces, la metodología más apta para estudiar el futuro surge de construir escenarios alternativos en base a diferentes hipótesis, y compararlos.

Éste es el camino utilizado, por ejemplo, por el World Economic Forum en sus trabajos presentados bajo el paraguas de los “World Scenario Series”. Allí se analizan, entre otros, distintos contextos para la economía de China e India en los veinte años que van desde el 2005 al 2025.

En el caso de China, las tres grandes líneas de análisis comprenden un escenario de crecimiento sostenido y confirma-

ción de las tendencias actuales de progreso. Un escenario de estancamiento y fracaso. Y un escenario en donde, por razones más externas que internas, China se concentra en profundizar sus lazos regionales en Asia, con menor expansión e interrelación con el resto del mundo.

Los dos primeros escenarios se distinguen entre sí por la capacidad o no de la sociedad china de realizar las reformas institucionales y políticas necesarias para lograr un desarrollo equilibrado y sustentable. No es un desafío menor. China enfrenta crecientes dificultades para armonizar el ritmo de la ansiosa demanda de los sectores más jóvenes y emprendedores de su sociedad, con la gradual apertura de la oferta institucional, de derechos políticos y reformas administrativas y legales. Junto a problemas ambientales y de sustentabilidad de su crecimiento económico. El tercer escenario, en cambio, se construye a partir de suponer restricciones y hostilidades en aumento contra el avance chino en el mundo. Lo interesante de estos planteos, sin embargo, a los efectos de nuestro objetivo aquí, es que los tres escenarios implican, de todas maneras, tasas de crecimiento promedio sostenidas de magnitud. Por ejemplo, la diferencia entre un escenario de éxito en la armonización de las reformas y otro de fracaso, implica crecer al 9% anual o al 7,5% anual. Mientras que un escenario de hostilidad global, reduce el crecimiento a una tasa anual del 6%. Adicionalmente, el PBI per cápita estimado para el año 2025 se cuadruplica, como mínimo, en el escenario más adverso.

En otras palabras, pese a las dudas razonables que se pueden presentar en torno a la evolución de la economía china, teniendo en cuenta la gran limitación, para su desarrollo sostenido, de su entorno institucional, todos los escenarios planteados muestran un crecimiento poderoso de su economía y su producto per cápita.

Yendo a cuestiones más puntuales, conviene explorar la evolución de las características de la población y su demanda. El PBI per cápita puede estar creciendo pero con una amplia



IGOR PLOTNIKOV / SHUTTERSTOCK.COM



dispersión, manteniendo a la mayoría de la población en estado de pobreza y a una pequeña minoría con ingresos extraordinarios. O, alternativamente, puede crecer, reduciendo el número de pobres y ampliando las clases medias, protagonistas centrales del consumo masivo.

Un estudio del McKinsey Global Institute indica que el ingreso disponible de la clase media china en las zonas urbanas pasará del 40% del ingreso total actual, a casi el 70% también para el 2025. En términos de población ello representa unas 520 millones de personas, que no sólo habrán dejado la pobreza extrema, sino que pasarán a engrosar más claramente a la clase media, con un poder de gasto, a valores actuales, en torno a 1,6 billones de dólares (trillones en la denominación norteamericana), en torno a cuatro veces el PBI argentino.

Lógicamente, el grueso de ese poder de compra se destinará a rubros diversos, distintos del de alimentos y bebidas. Aún así, alimentos y bebidas constituirá el rubro principal de gasto, con un crecimiento estimado a una tasa del 6,7% anual, y un incremento de gasto absoluto equivalente a 400.000 millones de dólares de hoy, algo así como 8 veces nuestras exportaciones del sector agropecuario y agroindustrial.

El caso de la India no es muy diferente. Si bien sus desafíos institucionales y sociopolíticos son muy distintos al caso chino, no por ello son menores y permiten delinear tres alternativas, en base a su capacidad de enfrentarlos y en base a la evolución de la economía global.

Como se mencionara, al contrario de China, India presenta un marco institucional con un régimen político democrático relativamente estable. Sin embargo, enfrenta problemas no menores en cuestiones vinculadas con sus grandes diferencias regionales, no sólo en cuánto a crecimiento desequilibrado y distribución del ingreso, sino también respecto de cuestiones culturales y religiosas (18 lenguajes, 844 dialectos, seis religiones principales); y respecto a las relaciones geopolíticas con sus vecinos y la influencia del terrorismo islámico en dichas relaciones.

Tiene, además, que solucionar graves problemas de infraestructura y armonizar, aquí sí al igual que en China, las ansiosas demandas de una población joven y altamente educada. Todo esto en un marco de alta dependencia a las fluctuaciones de la economía global.

Aún así, los escenarios construidos para los próximos años presentan crecimientos anuales que van del 4% al 10% promedio, dependiendo de hipótesis más o menos optimistas, respecto de su capacidad para superar los temas comentados.

Pero lo más importante es que los tres escenarios proyectan reducciones importantes de la pobreza, aunque en valores menores, por supuesto, en el escenario pesimista.

En cuanto a su clase media, la que nos interesa como demandante de bienes de consumo masivo y alimentos sofisticados, las proyecciones indican que podría pasar de los, apenas, 50 millones de personas actuales a casi 600 millones para el 2025. El 25% del consumo de estos 600 millones de personas será en alimentos y bebidas, a una tasa de crecimiento anual del 4,5%. Un mercado, a valores corrientes de hoy de unos 800.000 millones de dólares.

Es decir que, sólo entre China e India, por el incremento de su clase media, se podría estimar un mercado adicional para los próximos 12 años de demanda de alimentos y bebidas de unos 1,2 billones de dólares, en nuestra denominación, equivalente a más de 20 veces nuestras exportaciones totales del sector. Un incremento 50% superior en términos de poder de compra del ya registrado en los últimos años.

Asimismo, diversos estudios del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos confirman la “convergencia” de los patrones de consumo de alimentos de los países de ingreso medio hacia los patrones que presentan los países desarrollados. Esto implica que, a medida que los países emergentes consoliden su desarrollo, también se confirmará la demanda de productos alimenticios de mayor valor agregado y sofisticación, lo que también ofrece una señal importante para un país, potencialmente, productor de aquellos alimentos que se

encuentran en el tope de la pirámide de consumo, como la carne o los productos lácteos.

A estas consideraciones sobre Asia hay que agregarles estimaciones similares sobre el futuro de África, una región que presenta una potencialidad fuerte de crecimiento de la demanda de alimentos de mayor valor agregado en el mediano plazo.

...Y ADEMÁS LOS BIOCOMBUSTIBLES

A este panorama favorable para la demanda global de alimentos en sus diversas formas hay que sumarle los cambios en la matriz energética mundial inducidos por razones geopolíticas y ecológico ambientales.

En efecto, más allá de las consideraciones éticas o distributivas respecto del uso de materias primas alimenticias como combustibles, lo cierto es que la demanda por biocombustibles ha estado creciendo y las perspectivas son de un crecimiento sostenido para los próximos años.

En los primeros nueve años de este siglo la producción global de bioetanol se cuadruplicó y la de biodiesel se incrementó 10 veces.

En su mayor parte, este incremento está inducido regulatoriamente o subsidiado por los gobiernos. En el período 2007/09, el 20% de la producción de caña de azúcar, por ejemplo, se destinó a la producción de biocombustibles. En otros cultivos, dicha participación ya se acerca al 10%.

Esto le agrega una presión adicional a la demanda de granos y oleaginosas y a sus precios, teniendo en cuenta no sólo los efectos cruzados de sustitución en el consumo, sino, además, la competencia por tierra para producir bien alimentos o bien combustibles.

Todo esto refuerza la hipótesis central de cambio permanente de precios relativos ya discutido.

De todas maneras, este escenario puede verse amenazado o al menos relativizado por los avances en la producción de petróleo y gas no convencional, en especial este último, y en particular en los Estados Unidos, que no sólo ha desplomado el precio del gas natural en ese país, sino que, lentamente, lo está convirtiendo en exportador neto de energía. Este punto puede volver a poner en primer plano el dilema ambiental geopolítico, frente a la “nueva abundancia” de recursos naturales no renovables.

A los factores de incremento de la demanda mencionados hay que agregarles cuestiones que limitan el crecimiento de la oferta agropecuaria, como las derivadas de incrementos de los costos de producción (en insumos relacionados con la energía en particular); aumento de tierras cultivables y de su productividad relativa; factores de cambio climático; problemas de oferta de agua para riego; etc.

En síntesis, parece haber elementos suficientes para imaginar, con todas las limitaciones del caso, escenarios favorables para la producción de alimentos y los precios relativos de los recursos naturales en general.



LA NECESIDAD DE UNA ESTRATEGIA Y POLÍTICAS COMPATIBLES CON EL NUEVO ESCENARIO GLOBAL

Lo expuesto anteriormente no implica desconocer que parte de los muy buenos precios actuales para nuestros productos de exportación responde a la influencia de la devaluación del dólar y de las bajas tasas de interés surgidas como “solución” a la crisis financiera del 2008.

Sin embargo, aún cuando el fin de la explosión monetaria de los Bancos Centrales más importantes del planeta genere una reducción de los precios de los commodities en general, desde sus valores récords, surgen claras las diferencias entre los anteriores esporádicos episodios de cambio de precios relativos a favor de nuestros bienes de exportación y el prolongado período actual.

Tampoco será menor la presión que se ejercerá dentro de los países importadores netos, para tender hacia el autoabastecimiento de productos claves, en la medida que la tecnología lo vaya permitiendo, y aún ineficientemente y con costos crecientes.

Pero hechas todas estas salvedades, la idea de que una apuesta estratégica a un cambio de largo plazo, aunque no necesariamente de un crecimiento permanente, de los precios relativos a favor de nuestros principales productos de exportación, resulta la más razonable en las actuales circunstancias.

En base a la consolidación de este escenario, varios países de la región, como Uruguay, Brasil, Perú o Colombia, han diseñado estrategias y políticas que refuerzan y aprovechan al máximo las capacidades locales. Es decir, adoptaron políticas de estímulo a la producción de bienes exportables, mientras instrumentaron desde el punto de vista cambiario y monetario esquemas acordes con países productores de commodities: tipos de cambio flotantes, metas explícitas o implícitas de inflación y políticas fiscales relativamente prudentes para evitar pérdidas sustanciales de competitividad.

Nuestro país, en cambio, se ha comportado en forma errática en los últimos años.

Por un lado, la evolución explosiva del gasto público y los incentivos al consumo implican un comportamiento basado en la idea de que los precios de nuestras exportaciones agrícolas fueran a crecer “para siempre”. En cambio, por el lado de los incentivos a la producción, a la oferta, a la formación de recursos humanos, a la inversión y en las políticas macroeconómicas hemos reaccionado como si las señales de demanda y precios globales fueran meramente transitorias.

En otras palabras, cuando en el siglo pasado los precios relativos jugaban en contra, la estrategia óptima era sustituir importaciones. Ahora, que los precios relativos juegan a favor, la estrategia óptima es ... **sustituir importaciones**.

Este comportamiento “dual” ha impedido maximizar el potencial de crecimiento de la Argentina presente, y además está poniendo en riesgo el futuro productivo, desaprove-

chando las obvias ventajas competitivas del país.

En efecto, tener políticas de desaliento a la producción y exportación de alimentos mientras se promueven actividades en donde no somos complementarios con el mundo que crece resulta absurdo, ni siquiera bajo la excusa de promover empleo y conocimiento. Por ejemplo, ¿dónde hay más conocimiento involucrado, en la agricultura de precisión o en las cajas de cartón para embalar celulares?. ¿Dónde hay más ventajas y futuro, en biotecnología y bioalimentos para prevenir enfermedades, o en armar televisores a un costo fiscal exorbitante?.

¿Qué tiene más sentido, sustituir importaciones que vienen de China o negociar con China proveerle bienes alimentarios con valor agregado a cambio de importar lo que ellos producen barato y mejor?.

Eso por el lado estratégico. Por el lado de las políticas públicas, el Estado debería concentrarse en inversiones de infraestructura que ayuden a mantener la competitividad externa de la Argentina y en políticas macro prudentes que permitan sostener la competitividad de la producción de alimentos, en especial en las economías regionales.

Una de dos: o los precios relativos a favor son transitorios y entonces “ahorramos” para cuando cambie la historia; o son permanentes y maximizamos la producción de exportables, “copiando” a los países mencionados y aprovechando al máximo un cambio estructural que, por primera vez en mucho tiempo, nos favorece.

Índice Goldman Sachs de precios de los commodities

\$GNX - S&P GSCI Index - Monthly Line Chart



©Barchart.com